

Un fin del mundo habitable

Mariana Collo

Estudiante de Traducción y Artes Visuales, quizá pienso mucho en el fin del mundo,
marianacollo.re@gmail.com

*Yo digo: mejor no llorar
mejor hacer otro mundo
yo digo: mejor hacer otro mundo
mejor hagamos un mundo para Alejandra
mejor hagamos un mundo para que Alejandra se quede*
Juan Gelman, Relaciones, 1973
En verdad no quería una casa; Sombra quería un jardín
Alejandra Pizarnik, Un Jardín

No hablo de Pizarnik, aunque su paralelo con la J que hay en mi vida existe. Hablo sobre qué hacer durante el fin del mundo cuando se siente tangible en lugar de habitable. Cuando arrastra y atraviesa, y las montañas se queman, y el dinero virtual gasta la energía del mundo, y la única verdad de la utopía es la etimología de su palabra. Creo que es posible creer en ella. Un mundo en el que las personas se queden, no a pesar del mundo, sino un poco en contra de él. No porque no hayan sido capaces antes, o se hayan convertido en “más” personas que antes, ni que ahora hay alguien que se hace cargo de ellas; sino porque a pesar de sus creencias, pueden ser ellas sin sentir que hay veneno por dentro, sin que signifique una cárcel para su vida, una cadena o un deber con otras personas, un castigo, o un concurso que tiene como premio solo no lastimar a alguien más.

No quiero reposar mi peso en nombre del amor; sea el de mi cuerpo en un abrazo, mis deseos o mis palabras. Últimamente, no encuentro la forma correcta de desear vida para alguien más sin pensar en el egoísmo de no estar deseando, en su lugar, el deseo de que la deseen, como medio para vivir y no solo como existencia. Por más que me guste que existan, no me siento capaz de pedirlo. Aunque me calme saber que respiran, caminan e interrumpen el paso del sol en la calle, en donde su sombra me indica que viven: que todo el tiempo modifican algo en el mundo, incluido el espacio. Saber que pisan las baldosas de cada una de sus casas, también las de sus cuartos en mi cabeza.

J, te ibas a ir de mi vida. En nombre de la ocasión y antes de que ocurriera, pensé en el peso que podría tener una acción en lugar de más palabras, sin pensar que se podría volver uno con el que cargar. Yo ya conocía el placebo sin credibilidad que puede llegar a ser un psicólogo de EPS, también que los trámites no iban a ser algo que hicieras, justo por lo pesado, solo y ocupado que puede sentirse ser foráneo de universidad (un espiral de deber hacer cosas y sobrevivir en el proceso). Pensé en que en ese momento si tenía dinero, y que si ya no íbamos a hablar, pagar por tu terapia era algo que sí podía hacer por ti. Que quería hacer por ti. Tampoco era algo complicado después de conversar en varias ocasiones sobre cómo no en todos los departamentos existen las líneas de salud mental, y cómo, cuando existen, son solo líneas de crisis. Ser atendido y encontrar calidad en el proceso sin sentirse solo un número estadístico de éxito o fracaso sigue siendo un problema que no ha cambiado hasta hoy.

Conozco las buenas intenciones detrás del acto, después de conversar de nuevo contigo intentando entender si el impacto había sido bueno al lado del daño que te causé antes, es complicado aceptar que no hay consecuencias para las voluntades, solo para las acciones. Desearía que sentirse mejor no estuviera medido por las posibilidades de pagar ayuda, de no haber cometido errores nunca, de ignorar sentimientos y actuar a pesar de que ahí siguen, porque te sientes más amado cuando tienes méritos por ofrecer. Desearía que desearte vivo significara otra cosa que algo más

por cumplir, aprecio las raíces que tienes en el amor, y tus ganas de entregar(te) como una forma de ello. Pero nunca te he querido sufriendo, creo que hemos hablado mucho sobre nuestro acuerdo con la eutanasia como para caer en ello.

Sin embargo, tampoco estuvimos de acuerdo en ella sin lucha previa, sin invertir también en alternativas para que no se volviera la única opción solo porque para algunas personas resulta más barata. Si estoy escribiendo esto ahora es porque quiero que veas el peso que le pongo a mis palabras, no como algo que quiero que vaya dirigido a ti, sino por el valor que creo que tienen casi todas las que están en el diccionario cuando elijo usarlas, por el hecho de que son escogidas, y porque las he puesto en conversaciones y cartas que he tenido antes contigo, porque creo que tienen sentido más allá de nuestra burbuja, y hay seriedad cuando las organizo juntas: ya no te voy a pedir que vivas, pero no voy a parar de desearte un jardín.

Me gustaría hacer posible un mundo en el que te quedes, en medio de todo el caos: un fin del mundo habitable. Sé que en otras circunstancias habríamos hablado de cómo evitar el fin del mundo en primer lugar (la fe en rechazar la distopía), pero a veces se atraviesan cosas más inevitables: ¿cómo te sientes? De todas formas, nunca he deseado un mundo infinito, no deseo una casa en la que las cosas no te afecten en absoluto, o que te den insensibilidad, cambiando el alma que ya conozco. Quisiera cambiar las cosas más allá del cemento, no resguardarte o infantilizarte, no imponerte una forma específica de actuar, una fórmula para resolver. No creer que tengo la razón cuando te pido seguir respirando, tampoco pensar que la solución es lo contrario, no lo pensaría nunca; pero sí transformar un poco, aunque ya no hagas parte de mi cotidiano, transformar el mundo en nombre de que todo tu futuro sea realizable. No aparentar que tengo el poder de salvarte, pero sí las ganas de que un mundo más consciente contigo te den tiempo para sanar, sin que interpretes el tiempo requerido como “llegar tarde” a tu vida. Más bien, que siempre puedas vivirla sin que el daño te condene o el dolor inintencionado te asuste.

Creo que esa sería la diferencia entre querer una casa a un jardín, esto no quiere decir que no crea en los refugios, o en las posibilidades de huida cuando todo lastima mucho, no quiero

ser moralista al respecto contigo, pero es simple como la metáfora del bosque: si lo talan, llegará el momento en el que no haya a donde más huir, si lo queman antes, sus cenizas continuarán impidiendo respirar. Crear otro sistema en medio del grande es continuar sujeto a sus reglas. Querer un jardín es no imponerte qué hacer, menos qué desear, pero es la posibilidad de que siga surgiendo deseo de tu parte, por algo, aunque no sea por aquellas cosas en específico en las que yo creo, en las que me gustaría a veces que creyeras.

Al igual que tu esfuerzo por vivir, este también es un acto de amor, si creo en el mundo es porque te quise en algún momento. Y aunque no creo en el amor eterno, porque permitirme ser persona incluye la posibilidad de odiarte si así se requiere (siendo sincera con cómo te veo, es para mí la forma más sincera de amar), creo todavía en ti. Si este texto lo escribo para una revista, es porque lanzar piedras y esperar consecuencias es una muestra de algo sincero, el vidrio siempre es transparente, como las palabras; estén o no exhibidas al mundo, reciban o no sus intenciones y sus golpes, se rompan o no, no cambian de color nunca. Quizá alguien más sienta empatía por J, por todas las letras que hay en sus vidas, por todo el abecedario, por todas las palabras posibles que ofrece cuando se mezclan y se hablan, y se gritan con toda la intención. Creo en la empatía que hizo al mono evolucionar, por cada cosa que descubría y volvía un poco más fácil el mundo: creo que el mundo todavía puede hacerse más fácil, aunque no más sencillo. De alguna forma, espero que nunca dejes de sufrir un poco por las cosas que te importan (para que puedas confirmar por ti mismo que todavía su valor está presente), sino que tengas flores donde caer, mientras piensas al respecto. Que tengan el tiempo de crecer contigo, y recojas sus semillas, quizá sus frutas, quizás algunos mangos. Sin que el mundo, o quienes lo mueven de un estado al siguiente, con el poder amasado sobre otros, materializado en sus individuales voluntades, crean que es otro sitio en el que se debe poner cemento porque es más sencillo de cuidar, porque no se debe cuidar en absoluto.

Mejor hagamos un mundo mejor para J, para que J se quede. 🌱



Carlos Motta / The Hall of the Damned (2022)
Cortesia Mor Charpentier, Bogotá/Paris